

Latidos

Amores reales

SERGIO VILA-SANJUÁN

Siempre se había especulado mucho con la movidísima vida privada de Alfonso XIII, pero los historiadores serios que han abordado su reinado fueron generalmente muy discretos al respecto y, en verdad, hasta la publicación de *El bastardo real*, de Leandro Ruiz Moragas, en 2002, no puede decirse que hubiera demasiada documentación positiva y clara sobre el tema. El testimonio del hijo ilegítimo del monarca con la actriz Carmen Ruiz Moragas abrió nuevas puertas a ese territorio que con los años ha dejado de ser chisme para convertirse en historia. Una historia trágica con ribetes shakespearianos, por la propia tragedia española, por la trayectoria biográfica y política del monarca, y por el peso en su entorno de la enfermedad de la hemofilia, compartido con otras familias reales europeas de la época.

Hace un año y medio Ada Simón y Emilio Calle publicaban en Espasa *La rival de la reina*, respetuosa reconstrucción novelada de la relación entre Alfonso XIII y Carmen Ruiz Moragas, la protegida de María Guerrero a quien el monarca puso casa en la avenida del Valle, donde la visitó durante años, y con quien tuvo a Leandro y a otra hija, Teresa.

Ahora Pilar Eyre va bastante más lejos en *Ena*, la novela, que publica La esfera de los libros. Eyre, tertuliana en programas de cotilleo, es también autora de una interesante biografía del guerrillero Quico Sabaté y buena conocedora de la historia de los Borbones. Se ha puesto en la mente (y en la epidermis) de Victoria Eugenia de Battenberg para explicar las vivencias de esta nieta de la reina Victoria de Inglaterra que se casó con un rey español que muy pron-



La reina Victoria Eugenia, Carmen Ruiz Moragas y retrato de Leticia Bosch-Labrús

to dejó de amarla y la engañó sistemática y compulsivamente, tuvo por regalo de boda una bomba, puso en el mundo siete hijos, a dos de los cuales transmitió la enfermedad de la que era portadora, y sin haber cumplido los cincuenta se vio obligada a tomar el portante hacia el exilio. En la reconstrucción de Pilar Eyre, que no vacila en tomarse generosas licencias con la intimidad de la reina, Victoria Eugenia tuvo que compartir desde el principio a su marido con Sol Fitz James, hermana del duque de Alba; con las *nannies* de sus hijos, a dos de las cuales dejó embarazadas; con su prima Bee, que la traicionó sin escrúpulos; con *flirts* breves como la cantante francesa Mistinguette, y por supuesto con Carmen Ruiz Moragas, entre muchísimas otras. Eyre le adjudica también la condición de amante real a la catalana Leticia Bosch-Labrús, hija de los propietarios de los almacenes El Águila, duquesa de Dúrcal por matrimonio. Y buena amiga de Cambó, a quien facilitó el acceso a palacio por su condición de íntima del monarca, según ha escrito Borja de Riquer.

Estas dos novelas, en realidad docuficciones, son complementarias y de ellas, bajo la máscara hedonista, emerge el amargo retrato privado de un hombre a quien todo le estuvo permitido y, tal vez por eso, vivió permanentemente insatisfecho, convocando la desgracia a su alrededor. Una figura intrigante y compleja, de gran potencial literario aún por desarrollar.

Paolo Giordano ha triunfado en Italia con una novela que reúne matemáticas y literatura

FOTOGRAFÍA DE SIMONE MOTTURA, SALAMANDRA / EDICIONS 62



Novela El joven autor italiano Paolo Giordano desembarca en nuestro país con su éxito internacional 'La soledad de los números primos'

Dos más dos no son cuatro

Paolo Giordano
La soledad de los números primos / La solitud dels nombres primers

Traducción al castellano de Juan Manuel Salmerón Arjona y al catalán de Anna Casassas

SALAMANDRA / EDICIONS 62
288 / 312 PÁGINAS
16 / 17 EUROS

ISABEL GÓMEZ MELENCHÓN

La inevitabilidad parece estar en la base del aclamado debut literario del italiano Paolo Giordano *La soledad de los números primos*: un millón de ejemplares vendidos, el premio Strega 2008 y la traducción a veintitrés idiomas son algunas de las credenciales para la presentación de esta primera novela que compite en las librerías con otras tantas bien publicitadas óperas primas en una temporada en la que abundan las apuestas por autores noveles. Tanta interjección admirativa tiene sin embargo el efecto perverso de multiplicar las expectativas cuando en la literatura dos y dos no siempre suman cuatro.

Paolo Giordano (Turín, 1982) viene del mundo de las matemáticas; en concreto, se graduó en física teórica y trabajó en la Universidad de Turín, con una beca de doctorado en física de las partículas.

Un chico como mínimo muy inteligente, tal vez superdotado, y que por tanto debe de haber padecido en su propia sensibilidad algo del aislamiento indudable de los muy diferentes, por arriba o por abajo; voluntario o involuntario alejamiento. En el caso de su novela, la

Los protagonistas, como los números primos gemelos, están cerca, pero no pueden alcanzarse

premisa se diría que es involuntaria y para ello el autor ha tomado como referencia el concepto matemático de los números primos, a saber, los números mayores de uno sólo divisibles por sí mismos y por la unidad. Pero dentro de este conjunto existe otro más exclusivo, el

de los llamados primos gemelos, entre los que siempre se encuentra un número par: por ejemplo, el 11 y el 13, el 17 y el 19, o, dicho de otra manera, que siempre haya un par de por medio. Así y hasta el infinito, los números primos hermanos están cerca, pero no juntos, y están destinados a no estarlo nunca.

Como Mattia y Alice, los dos protagonistas de *La soledad de los números primos*. Ambos sufrieron sendos episodios traumáticos que les dejaron secuelas de por vida, Alice un accidente de esquí que le produjo una cojera cuando era niña; Mattia, también en la infancia, la muerte de su hermana, gemela y sin embargo discapacitada mental cuando él es un genio, especialmente dotado para las matemáticas. Los dos arrastran sus heridas mal lamidas hasta que finalmente se encuentran, siendo adolescentes; los dos de alguna forma están deseando romper el dique de contención que los separa del resto de los mortales y del que son muy conscientes, pero ahí entra en juego su colocación como “primos gemelos”, que les impide llegar a rozarse. No está mal, lo que sucede es que a medida que avanza el libro sentimos que esta “inevitabilidad” no lo es tanto y que por poco que se esforzaran las cosas podrían cambiar. Y que tanta desgracia ya parece vicio, pues a lo largo de los años los protagonistas irán cayendo en un abismo de autismo emocional (él) y de autocastigo y destrucción (ella).

Pero decíamos que Paolo Giordano, joven y atractivo, es también inteligente, y la novela tiene aspectos bastante logrados, como lo es el tratamiento dado a la peculiaridad de la figura de Mattia, el matemático incapaz de establecer una relación próxima siquiera con sus padres. No cabe duda de que ver mucho más allá de donde los otros no alcanzan configura unas características especiales, para bien pero también para mal. Mattia es diferente, como también lo era su hermana, a la que aborrecía y que a esta escritora le parece que en realidad sería su auténtica prima gemela, tal distancia intelectual existía entre ambos. Es posible que realmente no pueda hacer nada para cambiar su destino, que no pueda vivir fuera del refugio de sus ecuaciones. Pero Alice no deja de ser alguien que permite que su mal carácter arruine su vida.

Fenómeno editorial en Italia, esta novela sobre la soledad, la compañía y el contacto imposible entre las almas apunta bien pero se queda en menos de lo que podría ser por su flojo final. Y es que si bien la frecuencia con que aparecen los pares de primos gemelos disminuye a medida que los números primos son más grandes, la mayoría de matemáticos piensa que son infinitos (la conjetura de los primos gemelos). Pero nadie ha conseguido todavía demostrarlo. |

André Malraux
El demonio del absoluto
Traducción de Javier Albiñana

GALAXIA
GUTENBERG /
CÍRCULO DE
LECTORES
618 PÁGINAS
25 EUROS

Biografía Indagación inconclusa sobre la personalidad aventurera del militar y escritor británico, héroe de la unificación árabe

Lawrence, espejo de Malraux

ROBERT SALADRIGAS

A primera vista no sorprende que un escritor como André Malraux (1901-1976) se sintiera atraído ya en los años veinte por las hazañas míticas protagonizadas por el coronel británico T(homas) E(dward) Lawrence (1888-1935). Ambos tenían en común haber conseguido aliar pensamiento y acción. Pero sí quizás es más extraño que en plena ocupación de Francia por los nazis el protocomunista Malraux, autor consagrado por *La condición humana* (1933), sin dominar la lengua inglesa indagara sobre la historia de Lawrence con el fin de escribir una extensa biografía con el título revelador de *El demonio del absoluto* (*Le Démon de l'absolu*).

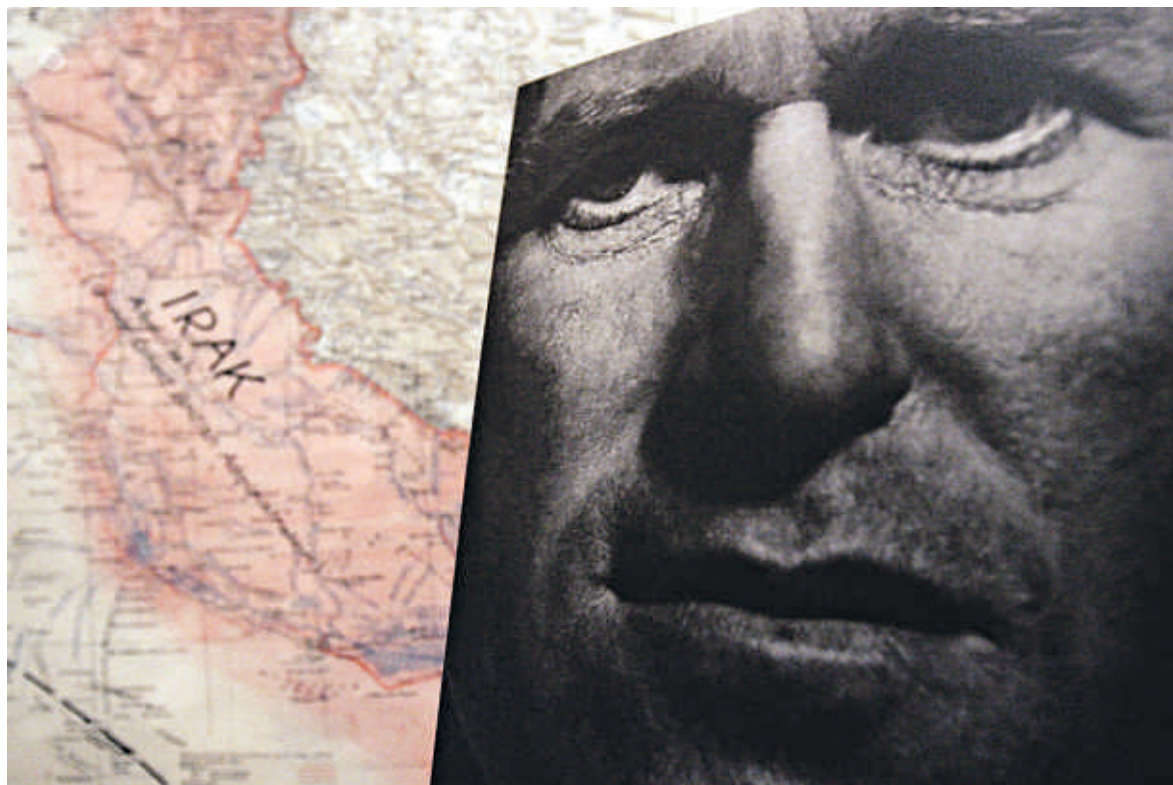
Tras ser llamado por De Gaulle a incorporarse como ministro a la alta política francesa, Malraux se desentendió del libro. Al elegir este destino se distanciaba del de Lawrence, “creador –escribía Malraux– del reino de Iraq y del principado de Transjordania, embajador ante el rey del Heraz y consejero de Winston Churchill para asuntos de Oriente Medio, un mes después de su dimisión se había alistado con nombre falso en la aviación real, como simple soldado”. El héroe de la unificación árabe, el soñador del *absoluto*, pasto de sus demonios se excluyó del festín del poder; por el contrario, el jugador que participó en algunas de las grandes partidas históricas de su tiempo (la guerra española, la resistencia francesa o las huelgas revolucionarias de Cantón), en tanto que intelectual comprometido con la realidad pero sin opciones de modificarla, fue absorbido por la praxis política. Así que al morir dejó el ingente material en fase avanzada de elaboración, pero la biografía inconclusa.

Como muy bien cuentan Ignacio Echevarría y Noemí Sobregués en la imprescindible *Nota a la edición española* –ellos son los responsables de esa edición, la primera que aparece como volumen independiente, y de la utilísima cronología final de la vida de Lawrence–, no fue publicado hasta 1996 en el tomo II de las *Oeuvres complètes* de Malraux en la Bibliothè-

Con ‘El demonio del absoluto’, el autor francés rinde a su vez un homenaje al hombre imprevisible

que de La Pléiade y exigió una exhaustiva intervención por parte del recopilador, Maurice Larès. Pero lo interesante es que desde el prólogo se informa de la clave del interés que llevó al atrabiliario Malraux a esforzarse en capturar la sutil complejidad humana de un personaje como Lawrence. El *secreto* lo sintetiza Denis Boak: “Lawrence aparece como el precursor de la visión trágica que tenía Malraux, del combate del hombre contra su destino y sus esfuerzos por trascenderse a sí mismo”. O, en palabras de Echevarría y Sobregués, Malraux “al indagar sobre Lawrence como paradigma del intelectual-aventurero del siglo XX, no deja de explorarse a sí mismo en cuanto a tal, dejando entrever las razones por las que terminó renunciando a su destino”. Así pues, *El demonio del absoluto* es a la vez un homenaje al hombre imprevisible, idealista, extraordinariamente dotado –el espejo–, en el que se mira, y una coartada para justificarse que no quisiera llevar tan lejos su integridad como lo había hecho el mito épico del desierto.

Ese es el abismo que separa a Lawrence de Malraux. Desde la perspectiva literaria el primero –autor de *Los siete pilares de la sabiduría*– no fue un artista de la palabra y el segundo es, cuando menos, discutible. Ahora bien, inmersos los dos en la forja del siglo XX, resultan seductores, vistos ahora mismo, mientras chapoteamos en la mediocridad, como criaturas temerarias de un planeta remoto. No es siquiera necesario ahondar en la densidad de *El demonio del absoluto* para percibirlo en el cosquilleo eléctrico que eriza la piel. Los enigmas irresueltos del triunfo y la autoinmolación de T.E. Lawrence; la vida intensa y la debilidad ególatra de Malraux. Genios rutilantes. |



Retrato de T.E. Lawrence que formaba parte de una exposición en Londres sobre su figura (2005)

GETTY IMAGES